

# La Capilla siXtina

## CHINERIAS

El encuentro entre el Presidente Nixon y los dirigentes chinos ha sido considerado casi generalmente como un desaire a los maoístas del mundo entero. Algunos maoístas han considerado el acontecimiento como el pacto germano-soviético de los años setenta, es decir: un puñetazo en el plexo solar del internacionalismo, una demostración más de que las razones de Estado siguen planteando serias contradicciones a las razones del internacionalismo. Para otros maoístas, el encuentro no reportará más que beneficios a la causa revolucionaria: la China de Mao ha conseguido en cuatro días más propaganda universal, más desbloqueo que en sus cuarenta años de Larga Marcha. Por otra parte, sostienen los maoístas optimistas, el verdadero enemigo de la revolución mundial es la Unión Soviética y, por lo tanto, también es el principal enemigo de China. Suavizando la tensión hacia Estados Unidos, China escapa de su incómoda situación entre la espada y la pared.

Bien.

Yo he seguido la polémica a través de las páginas de la *Revue des Recherches Presque Inutiles* y, a pesar de que esta es una tremenda cuestión, uno de los aspectos que más me ha interesado es la cantidad de datos que el «affaire» Nixon-Mao puede proporcionar a un futuro estudio sobre las moralidades y costumbres en el siglo XX. Todo buen lector de *El otoño de la Edad Media*, del holandés Huizinga, experimentó en su día la sorpresa ante los fósiles del comportamiento medieval, ante aquella espléndida arqueología de llantos, vestuarios y risas, recuperada por Huizinga para una mejor comprensión de la sentimentalidad refinada de una época feroz. Las publicaciones tipo *Revue des Recherches Presque Inutiles* que en el mundo circulan tienen demasiadas urgencias como para gastar seis o siete mil palabras en el testimonio de los gestos de tanta anécdota que ha circulado a propósito de la coexistencia pacífica «made in Washington», «made in Pekin». Hacia falta un temple provinciano, una circulación sanguínea de otoñal, como la mía, para encontrar tiempo y gusto en el breve examen de los protocolos presentes en este importante asunto.

Por ejemplo: la consulta previa entre Nixon y Malraux. No hay duda en que Nixon se ha revelado un político capaz de elegir muy bien a sus consejeros. Me gustaría conocer a su asesor poético. Porque el acto de recurrir a Malraux para que, supuestamente, le informase sobre Mao y la Revolución china es una maravilla poética, una preciosa mentira piadosa dirigida a todos los supervivientes del viejo Humanismo Humanitarista. Si Nixon ha dado el paso hacia China se ha

debido a perfiladas resultantes de informática cibernética y clásica (de CIA). Esa simplísima acción es el resultado de montañas de datos, de colinas de análisis, calendarios enteros de trabajo de contenedores y millares de sinólogos. Pues bien, como si los poderosos Estados Unidos quisieran dar un «bouquet» de hierbas finas a tamaño *pâté de campagne*, llaman al humanísimo Malraux y le piden, *s'il vous plait*, su interesante versión del asunto, de los hechos y de los personajes. Malraux, un viejecillo que toma el sol de París y el sol de su más que previsible Purgatorio, ha acudido con la alegría y el reconocimiento que ponen todos los ancianos cuando les dejamos que nos cuenten el servicio militar, la noche de bodas o las batallas de las Termópilas que han vivido.

Y el mundo entero se ha extasiado de la finura de Nixon, reconociendo las sapiencias de un intelectual tan fino como Malraux. Y el mundo entero se le han humedecido los ojos cuando ha comprobado la emoción de Malraux por los servicios prestados. Pero poco, muy poco, se sabe de qué han hablado exactamente Nixon y Malraux y cómo le ha hablado Malraux a Nixon. Lo que unos cuantos si estamos en condiciones de saber es lo inútil de la conversación. Mientras Malraux se expresaba en sus más caras literaturas ante el señor de Occidente, mientras su filosofía de parálisis del espíritu intentaba despertar la admiración en los pequeños ojos de Nixon, en la habitación de al lado, las computadoras electrónicas de la CIA daban los últimos toques a cuanto Nixon debía y podía pensar, saber y decir con respecto a Mao y China.

Días después, los chinos desplegaron la maravilla del encaje de su lenguaje protocolario. Mientras tanto caían bombas sobre el Sudeste asiático, Malraux calentaba sus prodigiosas manos en el fuego de una chimenea Segunda Imperio y la Policía de la patronal asesinaba a un estudiante, probablemente maoísta, en la fábrica Renault, de París. Y también, mientras tanto, yo pensaba que los arqueólogos del futuro, cuando estudien nuestra época, se maravillarán mucho más que por lo que conseguimos saber, por lo que todavía consideramos oportuno ocultar. Los hombres del siglo veinte saben mucho sobre sí mismos y sobre su historia, pero en cuestión de alta política (en casi todos los sentidos repugnantes de esta expresión) sigue utilizando el precepto agustiniano (siglo IV d. d. C.) de que la verdad tiene la servidumbre de su oportunidad.

Sólo eso nos ha evitado el reconfortante espectáculo de que Nixon y Chu En-lai la emprendieran a tiros por las escalinatas de la Ciudad Prohibida.

SIXTO CAMARA

## LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V



QUIZÀ NO SEPAS PALMIRA, CON QUIEN ESTAS JUGANDO. AQUÍ DONDE MEVES YO HE JUGADO CON LOS MEJORES AJEDRECISTAS DEL MUNDO.



CUANDO TENIA VEINTE AÑOS GANABA A BOTVINIK CON UN OJO TAPADO.



CUANDO TENIA DIEZ AÑOS VENCIÀ A ALEKINE Y A POMAR CON LOS DOS OJOS TAPADOS Y POR TELÉFONO.



Y MI DEBUT FUÉ SONADO. BATÍ A CAPABLANCA SIN QUE HUBIERA PUESTO TODAVÍA LAS FICHAS EN EL TABLERO...